

FANZINE

# LA PLUMA LA TINTA SIN

NÚMERO 5. MAYO 2025



ESPECIAL  
LA MIRADA ATRÁS

LOS PESCADORES, LA REGLA DE MADERA, SIN MOLESTAR, EOLO,  
DEL BLOQUEO CREATIVO AL ESTADO DE FLUJO, UN RELATO  
NITRATO DE CELULOSA, BURGUER KING, REQUIEM EPISTOLAR  
MÁLAGA-MADRID-ROMANIVSZE, TANGOS DESALIENTADOS.

LA PLUMA SIN TINTA. NÚMERO 5. Mayo 2025.

**Colaboran en este número, con sus escritos:**

**José Miguel de la Torre, David Salinas**

**Elena Morisca, J. RaqMa, Paco Bravo**

**Kattman, José Ruiz Anagaru**

**La portada de este número es obra de:**

**Sara G.R.P. Art.**

**Diseño y maquetación de este número:**

**Fran Kapilla**

¡Participa! Envía un un **email a [fanzinelapluma@gmail.com](mailto:fanzinelapluma@gmail.com)** con tus escritos y podrás verlos publicados en nuestro fanzine “La Pluma Sin Tinta”: en el blog, en la edición digital y en la edición en papel.

Las únicas condiciones son: 1) Que el escrito sea original vuestro. 2) Que no se haya usado la I.A. para su creación (sólo se permiten pequeñas imágenes de apoyo estético). 3) Que el contenido sea adecuado y no hiriente hacia otras personas.

La asociación La Pluma sin Tinta se guarda el derecho de publicación o retirada de los escritos en cualquier caso.

- 04 EDITORIAL
- 05 LOS PESCADORES (Paco Bravo)
- 08 LA REGLA DE MADERA (José Miguel De la Torre)
- 11 EL RELATO: DEL BLOQUEO CREATIVO  
AL ESTADO DE FLUJO (David Salinas)
- 18 SIN MOLESTAR (Kattman)
- 19 UN RELATO (Elena Morisca)
- 22 NITRATO DE CELULOSA (Jose Miguel De la Torre)
- 30 EOLO
- 31 MÁLAGA-MADRID-ROMANIVSZE (Elena Morisca)
- 34 REQUIEM EPISTOLAR (Paco Bravo)
- 37 TANGOS DESALIENTADOS (Jose Ruiz)
- 39 RECOMENDACIONES
- 40 PUNTOS DE RECOGIDA

"Leer no es matar el tiempo,  
sino fecundarlo"

(Paul Auster)

**Instagram:**

[@fanzinelapluma](https://www.instagram.com/fanzinelapluma)

**Web:**

[fanzinelapluma.blogspot.com](http://fanzinelapluma.blogspot.com)

**Email:**

[fanzinelapluma@gmail.com](mailto:fanzinelapluma@gmail.com)



## EDITORIAL de este número

*Por Paco Bravo*

*Caminamos tan deprisa que a veces cuesta frenarse, detenerse y observar. Todo parece tan distante, efímero y perecedero que cuesta no entrar en una incertidumbre constante. Por eso hay veces que es necesario darse un paseo el domingo por el mercadillo, regocijarse en esos juegos de megadrive que duraron un tiempo, en esos libros de Estefanía que durante años veías en manos de cualquier viandante. Cuadros estrafalarios y muebles provenzales impolutos como veinte años atrás.*

*Y esta tirada puede ser ese mercadillo de palabras donde encuentras recuerdos para la eternidad: el hostil reglazo de un profesor, el enamoramiento de una mujer madura tan vivo y juvenil como el joven objeto de deseo, o la pasión eferveceste de un joven cinéfilo. A fin de cuentas, el suspiro genuino al echar una mirada atrás.*



## LOS PESCADORES

*Un relato de Paco Bravo*



Recordaré siempre el camino de setecientos metros que había de casa a la playa. Cargaba mi madre la nevera y yo las toallas.

- Pati, gasta cuidado por donde pisas.

En el camino había un último tramo descampado, repleto de jeringuillas y un poblado de chabolas donde vivían gitanos. Mi madre los llamaba Pelus y hacía hincapié en no acercarme a ellos. Una vez llegábamos a la playa, yo me metía en el agua y allí podía pasar horas. Ella se tumbaba al sol y desde la orilla relucía el contorno de su cabello largo y castaño. Su silueta decoraba esa playa extensa y llana, casi infinita, un mar de albero. En la perspectiva contraria se veía el mar de verdad, planito y llano, como un mantel, interrumpido por algunos barcos pequeños llamados lanchas y unos hombres que echaban redes.

Al salir más arrugado que una pasa, mi madre y yo comíamos su inmortal tortilla de patatas. Yo le preguntaba quiénes eran esos tipos y ella respondía: son los pescadores y te atrapan con



su red si pasas mucho tiempo en el agua. Admito que era muy pesado, al igual que mis hijos, pues hasta bien crecidos tampoco pararon de preguntar ochenta veces lo mismo.

Hoy salgo con ella de nuevo a la playa. Han pasado cuarenta y tantos años de aquellos veranos. Yo insistía a mi madre en que usara su coche para ir a la playa pero ella se negaba, pues el camino era demasiado corto como para malgastar combustible. Ahora es ella la que me pide conducir, pero yo le digo que por bien de su circulación tiene que caminar. A veces es terca, como una niña. Pasamos por el descampado, que ahora es un excelso paseo marítimo. Ya no hay chabolas ni gitanos, más bien hoteles y turistas. Cuando llegamos a la playa, mucho más estrecha que antes, se echa al agua y allí puede pasar todo el tiempo que quiera, no tiene límites. Su silueta sigue siendo magnífica, para mí no deja de ser la misma mujer joven resplandeciente de antes. La ayudo a salir del agua, pues le cuesta bastante subir el escalón de la orilla. Me pregunta por los pescadores y yo le digo que están en esos cruceros transatlánticos. Puede ser la décima vez que lo haya preguntado, pero yo no me enfado, pues ella jamás lo hizo conmigo. Estamos comiendo. Después de comer me pregunta si he comido. Le respondo que sí. Seguidamente vuelve a preguntar lo mismo. Le respondo que sí, de nuevo. De nuevo pregunta: Pati, has comido? Y yo le respondo que sí las veces que haga falta.

Mientras mantenga mi memoria ella seguirá viva, en cuerpo y mente. Su figura sigue pareciéndome resplandeciente y excelsa. Soy ya cincuentón pero mis ojos siguen siendo los de un hijo que observa a su madre. Disfrutaré como un niño las veces que me apode Pati y siga haciendo preguntas, aunque mis respuestas no sirvan de nada. Lleva casi dos horas en la orilla.



- Mamá, sal del agua, que los pescadores van a soltar la red y te van a llevar.

Aún no se cómo decir a mis hijos que las divinas tortillas de la abuela se las llevó el Alzheimer. Seguro que no les será fácil de aceptar. Se preocuparán bastante y temerán por su vida. Entonces llegará el momento en el que tenga que recordarles algo; quizás lo más importante: la abuela es eterna, como los pescadores, pues su mundo no es el cielo ni la tierra. Ella es hija del mar.



## LA REGLA DE MADERA

*Un relato de José Miguel de la Torre*



El maestro invitó a José a entrar en el aula y cerró la puerta con suavidad. Dentro, diez niños de diversas edades ocupaban los pupitres y lo observaban con curiosidad y compasión. José aún desconocía la verdadera personalidad de don Vicente, quien no era tan afable como aparentaba.

—José, siéntate delante de aquel niño rubio —le ordenó el maestro con severidad.

José no podía creer que el niño en cuestión fuera su amigo Ramoncillo y lo saludó con efusividad mientras tomaba asiento. Ramoncillo también tenía siete años, pero parecía más pequeño y frágil. Trabajaba como mozo en el cortijo de unos señoritos que lo vestían con ropa fina y le proporcionaban la mejor educación posible. No obstante, también lo obligaban a dormir en la cuadra junto a los mulos y los caballos que cuidaba.

— ¿Desde cuándo vienes a la escuela? —quiso saber José.



Ramoncillo bajó la mirada al notar la presencia amenazante del maestro detrás de él, confiando en que José entendiera que hablar en el aula sin permiso estaba prohibido.

—Ahora vivo en el pueblo. Si quieres, luego te convido a merendar —ofreció José, sin percatarse del nerviosismo de su amigo.

Al no recibir respuesta, José desvió la mirada hacia las paredes del aula, donde solo tres elementos rompían la monotonía del blanco: un retrato de Franco, con su gesto inclemente y su uniforme militar, un crucifijo y un mapamundi. Al frente, bajo una gran pizarra, se encontraba el escritorio donde don Vicente acababa de sentarse.

—Hemos hablado bastante de Hernán Cortés, pero antes de finalizar, me gustaría detenerme en uno de sus hombres más valientes —retomó el maestro—. Se llamaba Cristóbal de Olid y era natural de Baeza. Como podéis ver, nuestra tierra también ha dado grandes exploradores.

—¿Usted lo conoció, maestro? —interrumpió José.

—No pude conocerlo, porque vivió en el siglo XVI —puntualizó don Vicente, visiblemente contrariado—. Como os decía, Cristóbal de Olid nació en Baeza y era un hombre de espíritu aventurero. Aprendió a navegar por mares desconocidos que lo llevaron a Las Indias. Allí, Hernán Cortés lo nombró capitán en la conquista de México.

El maestro hizo una pausa, escrutando a sus alumnos para asegurarse de que seguían la historia. Mientras tanto, José, con aire distraído, dibujaba en su pizarrita una escena campestre. Los demás niños advirtieron que don Vicente se acercaba a él



empuñando su temida regla de madera, y contuvieron la respiración.

—José, ¿qué estás haciendo? —inquirió el maestro, arqueando las cejas.

—Estaba dibujando —masculló José, agachando la cabeza con vergüenza.

—Parece que te has manchado de tiza —observó el maestro—. Enséñame las palmas de las manos.

José obedeció, sin tiempo de adivinar lo que iba a suceder. De manera inesperada, el maestro le golpeó con la regla de madera en las yemas de los dedos de la mano derecha, seis veces consecutivas.

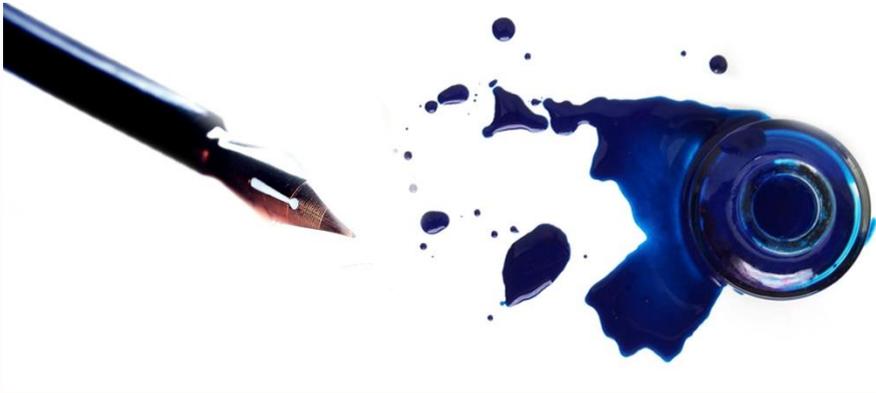
—¡En mi lección, todos tienen el deber de atender! —bramó el maestro—. Y si no atienden, esto es lo que ocurre

José apretó las mandíbulas, intentando controlar las lágrimas. No se oyó una sola palabra más durante el resto de la lección.



## EL RELATO: DEL BLOQUEO CREATIVO AL ESTADO DE FLUJO

*Un relato de David Salinas*



A ver qué escribo yo ahora... ..

Vamos, hay una musa por ahí esperándote con los brazos abiertos, sólo tienes que acércate a ella y darle un beso... ¿Musa? ... ¡Maldita sea!

Haz un esfuerzo, concéntrate, el dinero que dan con el premio del concurso literario te vendría muy bien. ¿Acaso lo que ganas con las clases de refuerzo te da para salir adelante? Apenas para pagar el alquiler de esta ratonera y llenar media balda de la nevera. No es que no puedas permitirte pequeños lujos, es que ya ni siquiera alcanzas para grandes necesidades. Ahora mismo, por ejemplo, te ves obligado a forzar la vista para leerte a ti mismo porque hace tiempo que la graduación de tus lentes se te quedó desfasada y ni siquiera puedes comprarte unas nuevas gafas. Por no hablar del estado de tu estómago; claro, ¿cómo vas a concentrarte si no para, con estruendosos ruidos, de requerir tu atención?



Basta.

No empezaste a escribir para recordar tus penas, sino para alejarte de ellas. Tu estómago no está hambriento, sólo impaciente; ya se calmará cuando llegue la hora de la cena. Y tu vista cansada por el largo tiempo que aquí llevas, leyendo frases aún no escritas. No escritas sobre ella. Ella.

Pérfida.

La malvada hoja en blanco. Fría y vacía, sólo tus píxeles te acompañan; pero cuando con mis palabras te relleno, te vuelves cercana y amiga, y entonces te amo. Cuánto te quiero y cuánto miedo te tengo, maldita y bella hoja electrónica.

Igual que a ella.

También la amé, y la amo, y también la temí. La temí tanto, que finalmente fue por mi miedo, miedo a perderla, que la perdí. Y ahora aquí estoy, solo, con deudas y con hambre de amor.

Basta de una vez, basta.

No te tortures sin freno, no invoques a los espíritus de nuevo. Eso es ella, un fantasma y nada más. No existe, no es de verdad. Ahora sólo existís la Hoja y tú. Ella te desea. Hazle el amor. Sólo tienes que seducirla con las palabras adecuadas.

Hola Hoja, ¿cómo estás?, me he fijado en que te encontrabas sola y me he acercado a hacerte un poco de compañía.

Bueno, está bien, un poco de humor nunca viene mal. Pero ahora ponte serio, ¿no ves que lo que te pasa es que estás errando en el procedimiento? Nunca encontrarás las palabras acertadas si antes no has acertado en la idea que pretendes



expresar. ¿Cuál es el tema, qué es lo que quieres contar? Tiene que ser algo original e innovador pero con un mensaje coherente, atractivo y que no esté exento de rigor, profundo pero a la vez no demasiado enrevesado. Mmm, a ver, hay tantas cosas de las que hablar, tantos temas que tocar. Actuales: la pérdida de valores, la crisis, la revolución de las capas más bajas; escabrosos: el tráfico de drogas, los asesinatos en serie, la prostitución de las mafias; políticos: la corrupción, las guerras, el capitalismo desmesurado (vaya, cuando se habla de política todo lo que se piensa es malo); universales: el amor, la amistad, los *mcdonalds*...

O en lugar de algo, el tema podría ser alguien. Podrías hablar de tu casero, ese hombre roñoso y desconfiado, con su bigote de cepillo de escoba y sus ojos de búho en permanente vigilia y vigilancia de los muchos arrendatarios (o “potenciales morosos”, nos considerará él), que habitan en el edificio donde vivo; siempre puntual a primero de mes, siempre desaparecido cuando se le precisa para reparar una avería. Podría ser el villano. ¿Y el héroe? Difícil elección, quedan tan pocos ya. Podría ser Jorge, mi alumno de Literatura. Sólo tiene diecisiete años y está aún en su último curso de Bachillerato, pero es muy listo y despierto, y su mente noble y honrada, a la que además acompaña un espíritu humilde al tiempo que emprendedor. Se le ve siempre ansioso de conocimiento. Además, en su mirada detecto respeto y admiración. Y dado que el aspecto con el que acudo a su casa a enseñarle no es quizás el más apropiado, ya que mi repertorio de armario es posible que necesite, desde hace un par de años, de una mínima renovación, a él eso no parece importarle, lo que es de valorar teniendo en cuenta lo mucho que los jóvenes estiman las apariencias. Me cae bien. Jorge, tiene que ser pues, un gran héroe. ¿Y la dama? La dama...

Ay, ella, otra vez ella, siempre ella. El tema podría ser sus labios, sus pechos, su cintura, sus ojos, su sexo... Podría escribir miles



de líneas sobre cada pequeña parte de su cuerpo. O podría hacerlo sobre la tortura que para mí representa su recuerdo. ¿Cómo dejar de sufrir, cómo escapar de un fantasma, si el fantasma se esconde dentro de tu mismo pecho? Escribiendo.

Escribe, escribe sin pensar en nada más, y cada palabra que escribas será una baldosa, un puente, una carretera, que te aleje más de ella. La escritura siempre ha sido tu mejor válvula de escape, la droga más pura, el whisky más fuerte, el sueño más nítido de tu subconsciente. ¿Recuerdas cuando empezaste a escribir, apenas siendo un niño? Padre llegaba borracho, Madre discutía con él, Padre no le pegaba, nunca le puso una mano encima, pero aún así, Madre lloraba, y tú inventabas cuentos en las hojas en blanco del cuaderno que ella te había regalado, para no contagiarte de su llanto. A partir de ahí, tú seguiste escribiendo, y ella llorando. Y nunca tanto como en el funeral del pobre diablo. El alcohol acabó machacando su hígado demasiado pronto, y él, que había sido toda su vida un hombre ruin y mezquino, consiguió arrebatarse sus lágrimas incluso desde la tumba. Fue entonces cuando te diste cuenta de que ella, en realidad, aventurando desde el primer momento cuál sería su destino, siempre había llorado por él.

Por eso la dejaste, ¿no es verdad? Creías que acabarías siendo también ruin y mezquino como tu padre e indigno para ella. ¡Ella! ¡Ah, aléjate fantasma!

Reconozcámoslo, tú nunca te caíste demasiado bien. No sólo escribías para huir de las situaciones, de las peleas, de los problemas, del hambre, del desamor o del ayer. También escribes para huir de ti. Cuando creas una historia, no necesitas un héroe; lo siento Jorge, no te necesito, puede que cuando te doy clases tu fiel atención y tu sana curiosidad me estimulen y plazcan mi autoestima; en la vida real, eres mi héroe, pero cuando escribo, yo soy el héroe, porque puedo jugar a



convertirme en aquello que nunca me atreví a ser. Vaya... Así que mi cobardía sufragada a costa de mi imaginación. Visto de lo que me ha valido la una y lo que me ha costado la otra, caro me ha salido tener tanta.

Quizás el problema por el que no consigues escribir, es que has dejado de creerte tu propio cuento. Antes te relamías en el gozo, enfundándote bajo la piel de un romántico conquistador capaz de embelesar con hipnotizantes palabras y sofisticado estilo a la más bella de las bellezas femeninas; antes te regocijabas de placer al transformarte en un valiente y temerario personaje sometido a mil y una aventuras que le deparaba un destino al que, lejos de querer escapar, se enfrentaba con admirable orgullo; antes te recreabas en el éxtasis, convertido en la sombra de un poderoso hombre de negocios, respetado por todos cuando no temido, y capaz de ser despiadado con sus rivales al tiempo que amable con los que no lo eran y también caritativo; antes saboreabas el dulce paladar que se siente al poseer el alma de un rebelde que con obstinado coraje y honrada determinación, se enfrenta a aquellos que detentan la autoridad y han secuestrado aprovechándose de su posición, a la justicia. Ahora, todos ellos y sus muchos amigos, disfrazados con máscaras trágicas, te lanzan burlas y se ríen del hombre mediocre en el que te has enfundado/transformado/convertido y que te ha poseído. Y te dicen: «Creador, tu creación te ha superado, de tal forma, que somos más reales que tú, y tú, sólo una farsa».

Bufones son mis héroes. Y yo ahora, el chiste.

¡Basta! ¡Basta de una vez! Escribiré por fin, aunque sea sin ellos, aunque sea contra ellos. Yo seré esta vez el protagonista del relato. Mi yo verdadero, sin máscaras, sin pieles que mudan de una narración a otra. Sin héroe y sin villano, pues yo soy ambos y los dos viven en mí. Y sin dama. ¡No! Yo solo, sólo yo, desnudo



ante la Hoja, igual que ella se muestra al principio desnuda ante mí, y la iré vistiendo con mis deseos y mis realidades, mis verdades y mis mentiras, mis virtudes y mis defectos, mis sueños y mis pesadillas, y al tiempo que ella se viste, más desnuda quedará mi alma.

¡Empieza pues! No busques más el conflicto, pues lo tienes delante de ti: es la misma Hoja, ahí quieta, esperando que la poseas. Llénala. Con tus inquietudes y tu angustia derivada del bloqueo en el proceso creativo, el bloqueo en el proceso creativo derivado de tus inquietudes y angustias personales. ¡Pero al final venceré y saldré adelante! Con ingenio, con imaginación, con afán de superación, y mis ganas de escribir me aportarán ganas de vivir, de nuevo. ¡Oh, ya ha empezado, ya lo noto! Cómo me gusta esta sensación; es como hacer el amor con las palabras hallándose el orgasmo al final de cada frase. Todo lo que escribo me sale de una vez y enlazo una idea con la otra, y ésta con otra y con otra más y ya no puedo parar, no puedo mirar atrás. El estado de flujo fluye dentro de mí y ahora soy feliz. Es la fiebre del escritor, que me domina por completo, apoderándose de mi mente, de mi cuerpo, moviendo mis manos como si fueran las de una marioneta, para que presionen teclas y teclas una y otra vez, una y otra vez, una y otra...

Mis manos. ¡No están, no las tengo! ¿Dónde están mis manos? Y... ¿Dónde estoy yo? ¡He desaparecido, me he volatilizado! No, no es así...

Estoy en la Hoja. O ella soy yo. Oh, pérfida. Pretendía poseerte, y tanto empeño y deseo he puesto en ello, que no me di cuenta de que al final, tu acababas poseyéndome a mí. Está bien, lo acepto, pues así sin duda ha de ser. No sería ésta, la primera vez, que una gran obra consume a su pequeño e insignificante creador. Y qué mejor que esa obra sea ésta misma, la que habla



de mí, de una forma tan pura y honesta, que en ella me he metamorfoseado.

¿Pero qué me sucederá ahora? ¿Cuánto estuve escribiendo, cuánto dentro de ti, que es de mí? No sólo perdí la forma carnal en mi estado de flujo, sino también la noción del tiempo. Pero mucho ha debido de ser, pues ha llegado mi casero, barriendo con su bigote cada estancia del piso, en una búsqueda que le será inútil me temo. Entra aquí y no me ve, aunque estoy. Su próximo paso sin duda, conociendo su tacañería, será desconectar la luz, pues al ver este ordenador encendido, en el que ahora yo habito, su cara no se ha mostrado muy complacida.

Me queda poco tiempo entonces. ¿Moriré o sólo dormiré? ¿Despertaré, renaceré? Si alguien me lee, tal vez. Si es usted esa persona, espero que no se haya molestado por mostrarme tal como soy, con lo bueno, con lo malo, ya sabe, con mis mentiras, con mis verdades. Espero, con honrada intención, que nuestro encuentro le sirva para tener en cuenta a partir de ahora y cada vez que lea una obra literaria, que ésta puede decir mucho sobre la vida de su autor, tanto, que ella misma se encuentre llena de vida, aunque sólo le parezca a simple vista, que esté frente a una hoja de papel o electrónica. Así que antes de juzgar, criticar, ignorar o repudiar, piense que además de leer un texto, está también leyendo a una persona.

Oigo como el casero abre el cuadro de luces. Está a punto de desconectar. Me marchó, me despido, y no me queda nada más que decir, ya que supongo que éste es el

FIN



## SIN MOLESTAR

*Canción por Kattman*

*Parece que fue ayer  
cuando echo la mirada atrás.  
El miedo se fue,  
aprendí una lección más.  
Y es que no vale la pena salir fuera a matar,  
yo quiero vivir tranquilo sin molestar.  
38 son ya muchos tiros  
y cada vez suena  
más bonito mi ruido.  
Todavía mi tiempo no ha concluido,  
lo he gastado dejándome el oído.  
Tú no conoces a quien yo admiro,  
aspiro al menos a ser como ellos:  
los que dan su cara al mundo  
y muestran que vivir es bello.  
Contigo, me animo,  
es lo que me hace sentir vivo.  
Respiro tranquilo,  
porque tú me das lo que pido.*

Enlace al [videoclip "Sin molestar"](#)



## UN RELATO

*Un relato de Elena Morisca*



Yo estaba confusa y muerta de frío. No tenía frío pero me temblaba el cuerpo, yo qué sé.

A aquellas horas sólo los gatos eran los dueños de la calle. Pasó un Seat León a toda leche pero yo creo que no me vieron los tíos que iban dentro. Estaban fumando porros a su rollo, vi el humo espeso salir de la ventana. La pegatina de Monster del faldón se alejó. No os vayáis. Sacadme de aquí. Qué puta ruina me voy a buscar. Pensé.

Otra vez silencio y nadie en la calle.

Deslizaba las historias de Instagram, miraba al callejón, vapeaba, levantaba la vista y la dirigía hacia ambos lados. Qué putito cantazo, pensaba. Esto no me está pasando a mí.

Y otra vez perdía la vista en el callejón. Vapeaba. 32 mensajes de 6 chats. Gatos. Coachs de Instagram. @luztomkk ha respondido a tu historia. Esto no puede pasarme a mí.

De pronto lo imposible se hizo real.



Y vi a aquel chico acercarse decidido. A ritmo rápido y con una preciosa cara de solucionador de problemas. Vaya cojones tiene, pensé. Esto no puede ser verdad. Esto no está pasando.

Se acercaba a mí, prácticamente lo tenía delante colega y de pronto me pareció más mayor de lo que recordaba. Y sentí alivio. Me consoló pensar que visto de ese modo parecería menos grave pero es que el chaval lo valía...uff que si lo valía.

Por un instante bajé la cabeza y miré el móvil, en aquel momento mi único refugio ante lo que estaba a punto de hacer. Qué cantazo, me repetía.

-hola- me planto dos besos y sacó una llave.

Traia dos latas de *redbull* y un paquete de tabaco.

-Pasa-

Y pasé. Y pasó.



## BURGER KING

Un relato de Elena Morisca

-Te dije que no vinieras.

-Puedes decir lo que quieras, sabías que no iba a quedarme así Sonia.

-Eres un...

-Piensa bien lo que vas a decir, piénsalo muy bien porque creo que te la estás jugando Sonia.

-¿Pero tú de qué coño vas? ¡Te dije que no vinieras!

-Seis años Sonia, seis putos años y me dejas por *whatsaps*, tú te crees que yo soy gilipollas. A ver, que quiero conocer al Rubén ese, dile que salga y lo conozco, venga. ¿Es tu encargado?

-¿En serio? ¿En serio me vienes con estas?

-Pero tía...¿¿tú te crees que soy tonto?? Eran muchos *likes*, eran muchos *whatsaps*, era mucha tontería Sonia, que nos conocemos Sonia...

-Es que eres idiota, a ver si te crees que todo el mundo es como tú .

-¿Y qué más pasó nena? ¿Salió Rubén?

-No sé hija, yo tuve que meterme para dentro con los cubos de basura porque si no, Fali me regañaba por tardar, ellos siguieron discutiendo. Luego oí un acelerón...



## NITRATO DE CELULOSA

*Un relato por Jose Miguel De la Torre*



Recuerdo que, cuando cumplí doce años, mi primo Carlos me llevó al centro de la ciudad para darme una sorpresa. Era 1993 y *Jurassic Park* se acababa de estrenar en medio de una insólita expectación. Tenía la corazonada de que mi primo había comprado un par de entradas para la sesión de las seis en el América Multicines. Después de merendar chocolate con churros en la terraza de una cafetería, me extrañó ver que nos dirigíamos a la angosta calle Vendeja, que no gozaba de buena reputación debido a las peleas nocturnas en las que se enzarzaban los turistas pasados de copas. Allí se encontraba una tienda llamada *Al este del Edén*, donde se vendían toda clase de artículos de coleccionismo relacionados con el séptimo arte. A los dos nos entusiasmaban las películas, especialmente las de terror, aunque mi primo había visto muchas más que yo, porque, además de ser un cinéfilo voraz, me llevaba siete años.



Al abrir las dos puertas acristaladas de la tienda, hallé el rostro melancólico de James Dean, que me miraba fijamente desde un póster clavado a la pared con chinchetas. A su lado, Judy Garland me sonreía dulcemente en algún lugar sobre el arcoíris. Quizás la pecosa niña de los chapines de rubíes no era tan ingenua, y lo que pretendía era distraerme de la amenaza que se cernía sobre mí: Clint Eastwood, con su Magnum 44, me apuntaba al cogote con gesto inmisericorde.

Mi primo se acercó al mostrador, sobre el que había un deteriorado tocadiscos, y saludó al dueño de la tienda, un treintañero calvo y de ojos chispeantes que parecía haberse escapado de un *casting* para interpretar a Lex Luthor. Pero lo que más me llamó la atención de él fue su voz áspera y su jerga madrileña, en la que empleaba constantemente palabras como macho, tronco o majo.

—¡Pero macho! Hace mil años que no te veo. ¡Ya era hora, tronco! ¿Quién es ese niño tan majo? —indagó el dueño, elevando una ceja al notar mi fascinación por los pósters de su tienda.

—Es mi primo, paisano tuyo. Ha venido a Málaga a pasar unos días.

—Yo también vine de vacaciones una vez y decidí quedarme. Es lo mejor que he hecho en toda mi vida, macho —afirmó el dueño, cerrando con gesto categórico un llamativo cuaderno violeta en el que poco antes había estado escribiendo.

Mi primo, que ya conocía todos los detalles de su singular historia, cambió rápidamente de tema y le preguntó por el póster de una película con un título en inglés que yo jamás



había oído. Sin concederle demasiada importancia al asunto que trataban, me dediqué a hojear los álbumes de afiches que descansaban sobre dos mesas de madera maciza. Impaciente por no dar con lo que buscaba, me deslicé hacia las estanterías repletas de libros sobre directores de cine y estrellas de Hollywood. Por entonces, mi interés se centraba en las películas de Alfred Hitchcock y enseguida localicé un desgastado tomo que desgranaba su filmografía con abundantes fotos en blanco y negro. Lo llevé con premura al mostrador, sin haber reparado aún en su elevado precio.

—¿Estás seguro de que quieres comprarlo? Está escrito en inglés —me indicó mi primo, pasando las hojas con rapidez.

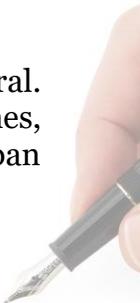
—No importa. Tengo un diccionario en casa —aseguré, mientras me percataba de que tendría que invertir toda mi paga para hacerme con el anhelado libro.

En ese instante, el dueño extendió sobre el mostrador un póster polvoriento en el que aparecía un siniestro personaje ataviado con sombrero alto de castor, un abrigo *Inverness* y una capa negra cuyos pliegues le conferían la apariencia de un vampiro con las alas abiertas.

—Es Lon Chaney, el hombre de las mil caras —me explicó mi primo, ávido por despertar mi interés.

—¿Lon Chaney? —repetí, tratando de memorizarlo.

El rostro de aquel personaje era de una palidez sobrenatural. Tenía el pelo blanco, largo y estropajoso, ojos saltones, pronunciadas ojeras, y una pavorosa boca por la que asomaban



dos filas de dientes afilados e idénticos a los de una piraña. Sus dedos, flexionados en una exagerada pose propia del cine mudo, parecían querer salir del póster.

—Si yo fuera tú, no lo miraría fijamente. Podría hipnotizarte y obligarte a hacer cosas que no desees —me advirtió el dueño con gesto serio.

—Es una película muda sobre un hipnotizador que se hace pasar por un vampiro —aclaró mi primo—. Tod Browning la rodó cuatro años antes de *Drácula*. Tiene el mejor título posible para una película de terror: *London After Midnight*. O, lo que es lo mismo, *Londres después de medianoche*.

—Cuando se estrenó en España, alguien tuvo la absurda idea de cambiar el título por *La casa del horror* —puntualizó el dueño, haciendo gala de su erudición.

Agarré a mi primo por la muñeca y le hablé en voz baja, temeroso de que la imagen de Lon Chaney en el póster pudiera oírnos.

—¿Crees que la película estará en el videoclub de tu barrio? —tartamudeé.

—¡Esta película no existe! —afirmó mi primo con aire intrigante, mientras observaba al dueño de la tienda enrollar el póster.



—¿Cómo que no existe? Si me acabas de decir que la rodó Tod Browning —repliqué indignado, creyendo que me estaba gastando una broma.

—Nadie la ha visto desde su estreno en 1927 —reveló mi primo, compungido—. La única copia que quedaba en todo el mundo se quemó en un incendio en los estudios de Metro-Goldwyn-Mayer.

—Fue por culpa del nitrato de celulosa —sentenció el dueño mientras guardaba el póster en una bolsa de papel que, a continuación, entregó a mi primo.

—¿Qué es el nitrato de celulosa? —pregunté.

—Es el material con el que se fabricaban los rollos de las películas antiguas. Parece ser que ardían con demasiada facilidad —expuso el dueño—. De todas formas, es posible que alguna copia se salvara de las llamas...

—Yo también he escuchado esa historia sobre un coleccionista que guarda una lata en su desván. Sinceramente, no creo que sea cierta. Y, aunque lo fuera, la película estaría tan deteriorada que sería imposible recuperarla —argumentó mi primo.

Con un maquiavélico arqueo de cejas, el dueño nos indicó que lo siguiéramos hacia las mesas de madera. Después, abrió uno de los álbumes y examinó los afiches hasta hallar el retrato de una actriz menuda, de tez pálida, cabello azabache y mirada lúgubre.



—Ella es Marceline Day —nos dijo—. Actuó en la película. El caso es que un amigo mío, que viaja a Hollywood con frecuencia, me contó que fue invitado a su mansión y asistió a una proyección privada de *London After Midnight*.

—¿Lo ves? ¡La película existe! —exclamé, gozoso.

—Si existiera, ni tú ni yo podríamos ir a Hollywood este fin de semana para comprobarlo —replicó mi primo—. Pero no te preocupes, tengo grabada en VHS *La marca del vampiro*. Es la nueva versión que Tod Browning rodó años después.

—¡No es lo mismo, tronco! —rebatí el dueño con vehemencia—. En ella no actúa Lon Chaney, porque había muerto de neumonía.

—¡Yo quiero ver *London After Midnight*! —grité, encaprichado irremediabilmente.

Ignoraba el peligro al que me exponía pronunciando aquellas triviales palabras. De repente, los tubos fluorescentes se fundieron y la persiana metálica de la tienda descendió hasta quedar encajada en el suelo, dejándonos encerrados en completa oscuridad.

—Ten cuidado con lo que deseas, majo. Podría hacerse realidad —susurró el dueño.

Después, prendió una cerilla y la colocó a escasos centímetros de su mentón, creando un efecto fantasmagórico en su rostro.

Entonces, noté que me mareaba y que mis dedos se aflojaban. Dejé caer al suelo el libro de Alfred Hitchcock y cerré los ojos para no ver al dueño, que hacía horripilantes muecas con la



intención de asustarnos. Luego, me tapé los oídos para no escuchar la truculenta historia que comenzaba a relatar.

—En 1928, apenas un año después de que se estrenara la película, un hombre llamado Robert Williams asesinó a una camarera en Hyde Park. Lo hizo rajándole el cuello con una navaja de afeitar. En el juicio, confesó al tribunal que había cometido el crimen después de que se le apareciera Lon Chaney y lo hipnotizara.

—Conozco esa historia —añadió mi primo—.

Robert Williams estaba obsesionado con *London After Midnight*. Además, sufría ataques epilépticos que le nublaban la razón. El juez lo condenó a la horca, pero finalmente fue indultado y pasó el resto de su vida encerrado en un manicomio.

—A propósito de estar encerrado. ¿Queréis escuchar algo realmente acojonante? —preguntó el dueño, intentando contener la risa.

Me destapé los oídos y abrí los ojos, esperando confirmar mis sospechas. Quizás el dueño estaba a punto de confesarnos que el espíritu de Lon Chaney vagaba por la tienda, o peor aún, que se había apoderado de su alma. Sin embargo, su respuesta fue aún más aterradora.

—Olvidé en casa la llave que abre la persiana metálica. Estaremos encerrados aquí hasta que el chico de la limpieza venga a abrirnos.

—¿Y eso cuándo será? —inquirí, aguantando mis repentinas ganas de hacer pis.



—Dentro de dieciséis horas. Por cierto, espero que no tengáis miedo a la oscuridad. Se me han acabado las cerillas —reveló el dueño con insultante calma, antes de soplar la llama y devolvernos a las tinieblas.

Apenas unos instantes después, el plato del tocadiscos que había sobre el mostrador comenzó a girar. A través de los altavoces colgados en el techo, se hizo presente la aterciopelada voz de Judy Garland cantando *Somewhere over the rainbow*. Retrocedí varios pasos, desconcertado por lo que ocurría a mi alrededor. El plato del tocadiscos giraba a una velocidad cada vez mayor, distorsionando la voz de la niña hasta hacerla irreconocible. A la sazón, sentí en mi nuca el frío acero del cañón de una Magnum 44.



## EOLO

*Un relato breve de J.RaqMa*

Esa noche, Eolo liberó a su iracunda jauría, con el único propósito de quebrantar la paz de mi habitación.

Al llegar a mi morada, los endiablados canes, enfervorecidos por cumplir las órdenes de su oscuro amo y contentar a éste; dejaron sentir, incesantemente, sus dentelladas en el nacarado PVC de mis ventanas. Eran tales sus ansias por satisfacer a su neurótico señor, que sus hálitos, vaporosos y nauseabundos, llegaron a atravesar la parte inferior de la persiana, que ejercía como escudo para velar por la tranquilidad de mi entorno hogareño.

Al cabo de un buen rato de vertiginosa lucha y constante asedio, los pestilentes y leales lacayos de dicho dios, cejaron en el intento de allanar mi espacio sagrado, atmósfera de letras que navegan a ras de techo, listas para ser ensambladas y, en conjunción, formar parte de cada frase, que rellena el folio en blanco; adorno del tablero barnizado de mi viejo bureau.



## MÁLAGA-MADRID-ROMANIVSZE

*Un relato de Elena Morisca*

-Sube-

-¿Era 14C o 14B?

-No sé espera que lo miro, ¿Tú prefieres ventana?-

-A mí me da igual mamá -

Oscuridad, tos, luces de emergencia, ronquidos, un reel de Instagram. Un niño llora. Calor. El conductor ajusta el asiento. Nos vamos.

-Paul, mira allí-

-¿Dónde mamá?

-en la carretera no, allá adelante, es Raisa con su hija-

-ahh-

-espera que voy a saludar -

Luces, frenos, grillos, bocadillo, reloj, los Abades.

-buenas noches Raisa, perdone que antes mi madre fue a saludarla y yo estaba dormido-

-hola Paul, esta es Mirvi, creo que sois de la misma edad-



-hola-

-hola Paul-

Golpe, rosas, mordisco, frío, gemido, sudor, coleta, falda, labios.

-señores vayan subiendo que nos vamos-

-mamá yo me voy a ir atrás que hay asientos libres y estoy muy incómodo, no me caben las piernas.

Radiolé, intermitentes, calor, susurros ,calma.

-hola Paul, ¿Hay sitio? Mi madre me tiene la cabeza como un bombo. No para de pedirme que le traduzca.

-claro, siéntate (y aunque no hubiera asientos los putos sueños se hacen realidad, WTF haces aquí)

Mirada. Tibia. Ojos. Boca. Labios

-sabes..eres muy guapo-

-gracias, tú eres muy guapa -

-¿También os bajáis en Madrid?-

-Sí, en Entrevías. Allí está mi prima. Luego seguimos a Rumanía.

-¿tu prima Sara?-

-No mi prima Ahnka-



-Ya... nosotros vamos a..-

-¿Quieres que te la chupe?

Volantazo. Pitido. Conductor. Queja. Silencio.

-¿Qué...?

-¿Quieres que te la chupe?

Dudas. Frío. Calor. Erección. Morbo. Miradas.

-Sí-

Mirada. Duda. Morbo. Tibio. Silencio.

-quítate el cinturón -

-Sí-

Cremallera. Miedo. Susurro. Mejillas. Pudor. Frío. Calor.  
Garganta. Vaivén. Manos. Saliva. Placer. Miradas. Morbo.  
Cuello. Manos. Ritmo. Descanso.

-me vuelvo a mi asiento...-

Sueño. Sonrisa. Parada. Maletas. Nervios. Bolsas. Calor. Cuello.  
Despedida.

-ibuen viaje, salud a la familia!-



## REQUIEM EPISTOLAR

Un relato de Paco Bravo



*Querido Manuel.*

Remito esta carta desde el nombre de Francisca Salas, pero soy su paciente predilecta: Remedios. Seguramente cuando leas esta carta ya estará mi marido incinerado y en su urna junto a la de mi hijo Francisco. Jamás hubiera deseado este final. Mientras se levantaba del sillón, alzándose la mano y su rostro verde como un fruto inmaduro, sentí una profunda tristeza, mezclada de satisfacción pero también arrepentimiento. Todo ello mientras veía en el televisor las imágenes de nuestro hijo dilapidado y acribillado a tiros en Kosovo. Además me molesté en reproducir la voz de él de los reportajes de guerra. El enlapil, el



escitalopram que siempre tomaba y el antrabus mezclado con el vino que le puse al caldo hicieron su efecto. Tenía usted razón en lo del estímulo: sin las imágenes y sonidos el infarto cerebral hubiera sido imposible.

Cuando lo vi caer y llamé a la ambulancia, no me entró la necesidad de reanimarlo. Jamás pensé que me podría dar igual ver a alguien morir en el suelo, menos aún siendo mi marido. Soporté estos diez años saliendo escasamente a la calle, pidiendo permiso, soportando sus gritos, achaques y llantos. Me quebraba la cabeza para cocinar algo que le gustara porque siempre le parecía mal la comida. La vez que usted vino a casa para diagnosticarlo me costó una paliza y una semana encerrada, pues los vecinos no podían ver mis ojos morados. Francisco padre se convirtió en un ser deleznable, tirano y abyecto, peor que un bebé descontrolado y maligno. Se quejaba de algo y al rato de lo contrario. Poco a poco aprendí a soportarlo, aunque jamás una se acostumbra a ser despreciada a diario.

Pero lo más duro de todo fue la recreación que tuve que hacer y mantener. Conseguir todo el noticiero desde el 95 al 98 en VHS. Tener que reproducir a diario imágenes de Francisco era una tortura. Y además no podía llorar porque se enojaba. Mantuve esa mentira temporal con las cortinas viejas, la maldita mesa camilla y; esa estufa, pagando de luz el doble que todas las vecinas. No me dejaba salir a desayunar al bar de abajo. Tenía que decirle a Juanita y a Paca que ni se les ocurriera hablar de actualidad y que dentro de mi casa solo se podía hablar de las grandes hazañas de mi hijo, pues para Francisco tenía que estar vivo. Tuve que gastar un dineral en mantener esa televisión vieja, e ir al mercadillo a comprar muebles provenzales porque con los ataques de ira siempre rompía alguno. Durante diez años mi casa ha sido un bucle que empezaba el 4 de Abril del 95 y acababa el 10 de Febrero del 98, pues como usted sabe, el 11



ocurrió la tragedia. Tres años repetidos en diez. Una tortura eterna. Jamás reconoció sus horrores, y eso me dolió más que sus golpes.

Pero por fin acabó la agonía. Como usted dijo: todo tiene su fin. Según la autopsia es una muerte derivada de una mezcla de medicamentos, algo común en ancianos seniles. Gracias por recetarme pastillas de la tensión y alcohol; y diagnosticarle demencia senil. No sé cómo recompensarle. Mil gracias son insuficientes. Matarlo fue un acto de caridad. Lo primero que haré será tirar esa podrida tele.

Con el paso de los meses podremos vernos con frecuencia, así no habrá sospechas. Usted ha sido mi verdadero apoyo en estos años. Se que tiene mujer y no quiero comprometerle. Solo quisiera contarle al detalle como se dieron los sucesos, pues pienso que este pasaporte a la libertad tanto mía como a la de él les pertenece a usted y a mi hijo. Ojalá pudiera compartir este alivio contigo por un medio que no fuera esta carta. Por fin estoy en paz y me refugio en lo único que me ha salvado estos años: la escritura.

Postdata: Un abrazo, doctor Manuel Gonzalez. No sé preocupe si estoy sola, pues ya lo estaba. Por fin, después de diez años podré pasar el duelo de mi hijo. Y quizás el de mi marido, aunque siento que no.

13 de Agosto de 2008. Leganés, Madrid.



## TANGOS DESALIENTADOS

*José Ruiz Anagaru*



Recuerdo la primera vez que morí. Las nubes se mezclaban con la tierra y el viento doblaba los almendros dejándolos sin flores. Las perdices gritaban en el fondo del estanque y las carpas cantaban tangos desalientados. El fango hacía muy pesado mi caminar por el sendero de la desazón. Recorrí gran parte del camino acarreado el saco de los muertos, queriendo coger el sol y encerrando la luna entre mis miedos.

Abrí el paraguas bajo las caricias, los abrazos y los besos. Pisoteé las miradas, las sonrisas y los sentimientos. Subí hasta el fondo de la torre de chocolate, levanté una muralla de sábanas de esparto y me abastecí del manantial de cebada hasta ahogarme en mi lamento.



Me perdí en una calle del centro. La recorrí de arriba a abajo y de abajo a arriba. Caminé por el techo y fui empujando todas las puertas de los soportales, hasta que al final una se abrió. Entré a un vasto bosque iluminado por gatos que brillaban en la oscuridad. El suelo era de mármol blanco pulido y los frutos de los árboles eran cráneos de todas las especies animales, incluida la humana. Por los ríos fluía la sangre hasta llegar a un estanque octogonal, donde se ahogaban los flamencos negros. El lamento de las flores de metal me susurraba en los oídos, acompañado de un vendaval de polvo del infierno. Descendí por un sendero de espinos desechando las zarzamoras y encalleciendo mi alma. Caí por el precipicio del desapego y me golpeé la cabeza con una gran piedra solitaria.

Desperté en una habitación oscura, cubierto de mugre y de restos de comida putrefacta. La ropa sucia se amontonaba encima de los muebles, incluso de los vasos con culitos de café y cerveza. Me estaba meando y cagando, así que fui al baño a toda prisa. Mientras defecaba, los rayos de sol se filtraban por el cristal de la ventana. Esa sensación de calor en mi cuerpo me hizo sentir muy reconfortante, y sentí vida en mi carne, en mi corazón. Sentí lucidez en mi cerebro y energía por todo mi cuerpo. Salí fuera de la casa y corrí entre los almendros en flor, sintiendo la brisa del viento en mi pecho y el cantar de las perdices en mi estómago. Bajé a la ciudad y me enredé en los hilos de la gente, rompí la coraza y limé todos los callos de mi alma, sintiendo la fuerza de todas las cosas, sintiendo como la vida volvía a fluir en todo mi ser.



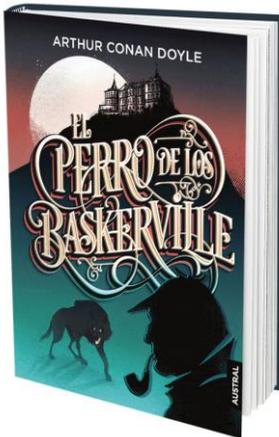
## RECOMENDACIONES del mes

**Samanta Schweblin**

*Pájaros en la boca*



Este mes, puedes sumergirte en el libro *Pájaros en la boca* de Samanta Schweblin. Una serie de historias maravillosas que no te dejarán indiferente. En los cuentos de *Pájaros en la boca* el lector conocerá un universo entorno a las alas de un pájaro, a una mujer abandonada en la ruta o el infierno fantasmal. Magia y realidad en relatos deliciosos.



Una recomendación de un clásico. *El perro de los Baskerville*, es la tercera novela de Arthur Conan Doyle que tiene como protagonista principal a Sherlock Holmes. Fue publicada por entregas en el *The Strand Magazine* entre 1901.

Un libro emocionante donde el misterio, la investigación y el terror se dan mano en una aventura de Sherlock Holmes.





Os recordamos que La pluma sin Tinta también tiene ejemplares físicos, en papel. Estos, se encuentran en:

- El tapeo de Playamar, calle del Colorado (Torremolinos)
- Restaurante El Tapeo Paseo del Colorado 17 (Torremolinos)
- Pastelería artesanal argentina don Eugenio n 1 Local 10 Olas de Procusan (Torremolinos)
- Cervecería Hop Scotch calle correo de Andalucía (Málaga)
- Librería de estación de autobuses (Málaga)
- Librería Pergamo, Plaza Unión Europea 11 local 6 (Torremolinos)
- Cafetería Pastelería Al Andalus, Río Bergantes 2 (Torremolinos)
- Piaf Jewelry Calle cuesta del Tajo 13 (Torremolinos)
- Asociación del Taxi Unificada de Málaga, Calle Concepción Arenal 9 (Torremolinos)
- ATAT Torremolinos, Edificio Palma de Mallorca 43 (Torremolinos)

